

Agnès Boixader

Buenos días y bienvenidos.

Me impresiona ver la cantidad de niños, niñas y jóvenes que tenemos hoy aquí. Supongo que algunos de los mayores que todavía no han llegado estarán desayunando. Esperemos que se incorporen pronto.

En primer lugar, y citando a Marina Garcés, que el primer día habló de gratitud, quiero expresar un agradecimiento muy especial a la organización y, especialmente, a estas dos fantásticas mujeres brasileñas que me acompañan: Rosália Diogo y Angélica Dass.

Ambas han vivido sus propias historias sin conocerse, hasta que sus caminos se han encontrado en un momento determinado. Eso es lo que tiene la historia: vidas paralelas que pueden desarrollarse de maneras radicalmente diferentes y que, un buen día, coinciden. Y es precisamente en ese encuentro, en ese reencuentro del que también hablaba Philippe Meirieu, cuando pueden comenzar nuevas relaciones y, probablemente, nuevas experiencias.

Por lo que he leído sobre ellas, por lo que conozco de sus trayectorias y por los proyectos que he podido ver, son mujeres que comparten muchas de las inquietudes que yo también he sentido a lo largo de mi vida. Una de ellas es la necesidad de educarse.

En mi caso fue algo complejo, porque en casa no teníamos suficientes recursos para que yo pudiera permitirme el lujo de estudiar. Pero lo conseguimos.

También son mujeres que, como yo, luchan por la paz y por la defensa de los derechos humanos. Unos derechos que cada día están más cuestionados y que, cada vez con mayor frecuencia, se presentan como algo de lo que podemos prescindir.

Pero quiero decirles especialmente a los jóvenes: lean la carta de los treinta derechos humanos y verán que no podemos renunciar a ninguno de ellos. Al contrario. En esta universalidad de la que también hablaba el otro día Suleiman, tiene que existir una fraternidad universal.

Antes de empezar, quisiera hablar de ética y estética.

No sé si João Carlos todavía está aquí, pero me gustó mucho su idea sobre la ética como una relación entre una persona y otra: una relación que se establece mirándose, conociéndose, mirando a los ojos del otro y escuchando su demanda; escuchando aquello que esa persona reclama de nosotros en un momento determinado y dando una respuesta.

En una relación ética tenemos, por tanto, la obligación de asumir la responsabilidad de dar esa respuesta, sabiendo que probablemente nunca será completamente adecuada y que tendremos que seguir pensando qué otras respuestas podemos ofrecer.

La educación, si es algo, no es pura instrucción ni adoctrinamiento. Es siempre una cuestión de ética.

Y es la ética la que nos muestra un camino —uno, no el único— para aprender a amar y a ser responsables en el encuentro con el otro.

Con el otro y con el mundo, entendiendo que en el mundo conviven naturaleza y cultura.

La ética nos permite desarrollar un sentimiento de pertenencia sin ninguna forma de agresividad o violencia hacia el otro.

Por otro lado, la estética, en sus diferentes manifestaciones y formas —las artes plásticas, la literatura, la música, la fotografía—, nos sirve de guía para desarrollar el buen gusto y nos permite sentirnos y sabernos libres o, al menos, avanzar hacia una posible libertad.

Los trabajos de estas dos mujeres que me acompañan, tanto los más artísticos como los de investigación o los que desarrollan con personas de diferentes lugares, tienen precisamente en cuenta la ética y la estética.

Mi abuela, cuando alguien hacía una trastada, solía decir: «Eso es de mal gusto».

Y es cierto: cuando algo hace daño, es de mal gusto, aunque sea mucho más que eso.

Voy a presentarlas muy brevemente.

Empezaré por Rosália, que intervendrá durante diez minutos para explicar los proyectos que desarrolla en diferentes lugares del mundo, especialmente en el continente africano y en su país, Brasil.

Después presentaré a Angélica, que nos hablará de sus propios proyectos.

Con el tiempo de que dispongamos, podremos hacer algunas preguntas y también escuchar sus sugerencias y reflexiones sobre la ciudad educadora.

No voy a explicar demasiado sobre Rosália, porque, como siempre, pueden encontrar mucha información sobre ella en las redes sociales. Solo diré que sus principales ámbitos de interés son el feminismo y el racismo. Y con eso ya estamos diciendo mucho.

Rosália analiza detalladamente cómo los medios de comunicación abordan los discursos racistas y estudia la influencia que tienen en la construcción de discursos que refuerzan estereotipos y prejuicios.

Lejos de contribuir a desmontarlos, explica que, con frecuencia, los medios terminan convirtiéndose en una coartada para su difusión y arraigo en la sociedad.

Aporta una mirada científica a los problemas que analiza y cuestiona el mito de la democracia: la democracia no es verdaderamente democrática si no llega a todos los rincones de la sociedad.

Quiero leer ahora unas palabras tuyas que me impactaron cuando la conocí:

«Soy una mujer negra. Toda mi familia es negra de origen.

De origen pobre, nacida en el interior de la ciudad de Nanuque, en el estado de Minas Gerais.

Tuve una infancia y una adolescencia marcadas por actos extremadamente violentos de racismo, por intentos de deshumanización y de desacreditación.

Crecí y llegué a Belo Horizonte, y allí empecé a trabajar para colaborar y también para que mi salud mental no estuviera en peligro».

Pienso en estas palabras y en cuántas personas, aquí mismo, también tienen que alejarse de la pobreza y del lugar en el que viven para proteger su salud mental y poder desarrollarse como personas.

Brasil tiene una historia de esclavitud muy larga, mucho más de lo que parece indicar la falsa abolición.

Durante casi cuatrocientos años fueron esclavizados africanos y descendientes de africanos, y hace menos de ciento cuarenta años de la supuesta abolición.

Y seguimos siendo discriminados, desacreditados, negados, humillados y deshumanizados, a pesar de que las personas negras y marrones somos mayoría en Brasil.

Rosália, cuando quieras.

Rosália Diogo

Buenos días a todas las personas presentes en este congreso.

Gracias a mis compañeras de mesa y, especialmente, a la profesora Agnes por ejercer de moderadora.

También quiero saludar a Angélica Dass, a quien conocí recientemente y con quien, desde entonces, hemos construido una amistad.

Agradezco a la organización del evento y la felicito por la grandeza y profundidad del tema y del congreso, por su estructura, por su pensamiento y por las cuestiones que se están abordando.

Quiero agradecer especialmente a las personas que forman parte del Consejo Científico y, en particular, a la profesora y querida amiga brasileña Angélica Sátiro, filósofa e inventiva.

Es un honor y una alegría estar aquí.

Veo que una gran parte del público son mujeres. Y pienso que no seríamos nada si nosotras, las mujeres, no existiéramos en este mundo.

Por eso, al saludar también a los jóvenes y estudiantes que participan en este congreso, quiero compartir un fragmento de un poema de una mujer negra brasileña a la que admiro mucho y cuya obra ha recorrido el mundo: Conceição Evaristo.

Ella dice:

«La noche no duerme en los ojos de las mujeres.

La luna, hembra, semejante a nosotras,

en vela, atenta, vigila nuestra memoria.

La noche no duerme en los ojos de las mujeres.

Hay más ojos que sueño».

Somos nosotras, mujeres vigilantes y atentas, quienes convocamos a los hombres a estar a nuestro lado en cada momento, en la búsqueda de una democracia efectiva y de la igualdad.

En mi país aumenta la violencia contra las mujeres, especialmente contra las mujeres negras. El feminicidio está creciendo de manera alarmante en Brasil.

Necesitamos hombres lúcidos, sensibles y conscientes para deconstruir y detener esta sangría, esta matanza de mujeres negras.

Me siento muy a gusto aquí porque soy educadora y trabajo en producción cultural. Trabajo, por tanto, con educación, con cultura y con los diferentes aspectos de la ciudad.

Y quienes participan en una lucha antirracista necesitan, evidentemente, pensamiento crítico y creatividad. Sin ellos, no avanzaremos.

Como ha explicado muy bien Agnes, nací en una ciudad del interior, en el estado donde vivo, y salí al mundo buscando espacios y lugares que pudieran acogerme de manera digna y respetuosa por el simple hecho de ser un ser humano.

Y lo que he encontrado, no solo en Brasil sino también en otros lugares, es mucha violencia, hostilidad e intentos de menospreciar nuestra capacidad física e intelectual.

Me impresionó profundamente ver por televisión y a través de los medios de comunicación lo que España hizo con Vini Júnior.

Y, por lo que percibo, continúa haciéndolo.

Me resulta aterrador comprobar hasta qué punto el racismo más explícito y los procesos de deshumanización pueden afectar incluso a algunos de los mejores jugadores del mundo.

Llegué a preguntarme: «¿Y si voy a ese país y me expulsan a golpes? ¿Y si sufro violencia física o moral? ¿Es este país realmente diferente del mío, que es tan racista?»

Pero hoy estoy aquí, acogida por este congreso, rodeada de personas sensibles que reflexionan sobre las diferencias, que piensan, que quieren y que trabajan por la inclusión de la diversidad.

Y este es uno de los propósitos del congreso.

Nos llaman a la creatividad, al ingenio y a pronunciarnos precisamente sobre los procesos que intentan convertirnos en desiguales.

Somos diferentes, sí, porque cada ser humano tiene una manera de actuar, un pensamiento, un comportamiento y unas prácticas propias.

Pero esta sociedad global no puede seguir deshumanizando al otro por sus creencias, su género o el color de su piel.

El profesor Tonucci ha dicho hace un rato algo que me ha hecho muy feliz. Ha explicado un caso en el que alguien entra en un aula para buscar a un estudiante concreto y, cuando lo identifican, dicen: «Es aquel de la camiseta roja».

Era un estudiante negro, si lo he entendido bien.

El color de la piel no fue lo que prevaleció. Lo identificaron por la ropa que llevaba.

En Brasil y en muchos otros lugares del mundo por los que he tenido la oportunidad de moverme, nuestro tono de piel llega antes.

Nuestro tono de piel se convierte en un motivo para que se nos trate de manera inhumana y desigual, para que se nos excluya, para apartarnos de los procesos de igualdad y para no respetarnos como personas.

Y lo que estamos haciendo constantemente, profesora Agnes, es precisamente lo que has leído en mi minibiografía.

Tenemos que pensar que África es la cuna de la humanidad y que, por tanto, todos somos afrodescendientes.

Creo que esto ya está demostrado.

No lo dice solo Rosália Diogo. La ciencia ha demostrado que África es la cuna de la humanidad. ¿Cómo pueden unos afrodescendientes excluir a otros afrodescendientes por el tono de su piel?

Es algo poco inteligente. Es irracional.

Y nosotros estamos aquí, en mi vida cotidiana, en Belo Horizonte, en África, en cualquier lugar donde esté, y también en este congreso, aportando reflexiones para establecer un contrapunto.

Yo digo que soy una africana de la diáspora brasileña y que este cuerpo mío ha ido transitando por diferentes lugares.

Quiero mostraros ahora algunas imágenes de la Calle del Arte.

Esta es la Calle del Arte de Maputo, la capital de Mozambique. En ella, mayoritariamente personas negras crean formas de expresar su identidad a través de representaciones en las calles de la ciudad.

Están transformando el barrio mediante esta Calle del Arte y llenándolo de elementos relacionados con su identidad africana.

Este es el modelo de Maputo, en Mozambique.

También quiero mostraros la Calle del Arte de otro país africano que visité el mes pasado: Cabo Verde.

Aquí está su capital, Praia.

También existe allí una Calle del Arte, con una galería creada por un artista porque se les niega a muchos artistas un espacio digno para desarrollar sus manifestaciones artísticas.

Nosotros no queremos crear guetos.

Queremos estar juntos y juntas con todas las personas, mostrando nuestro talento.

Belo Horizonte, Casa Viva, Educación y Cultura es el nombre de esta escuela de educación primaria para niños de seis a catorce años.

En el muro de la escuela hay una frase que me parece muy significativa:

«Es imposible entender Brasil sin conocer África».

Estoy totalmente de acuerdo.

Produzco una revista en Brasil que también está presente en las redes sociales: la revista Cangerê.

Está inspirada en una propuesta que conocí en 2014, cuando realizaba mi posdoctorado aquí, en Barcelona.

Aquella experiencia que conocí y que inspiró la revista Cangerê fue la revista Crear Mundos, ideada junto a Helike Sátiro.

Cuando regresé a Brasil pensé: «Hagamos una revista donde podamos plantear nuestras cuestiones y dar visibilidad a nuestro arte y a nuestra cultura negra y africana».

Y así nació Cangerê.

Esta fue la primera portada.

Ahora tenemos a Paulina Chiziane, una enorme intelectual mozambiqueña sobre cuya obra tuve la alegría y el honor de realizar mi investigación doctoral, comparándola con la obra de nuestra brasileña Conceição Evaristo.

Paulina Chiziane recibió el Premio Camões de Literatura en 2021, uno de los premios más importantes de la literatura mundial.

Antes que ella lo había recibido nuestro querido Chico Buarque de Holanda.

Esta es otra edición de nuestra revista Cangerê.

Tengo el honor y la alegría de estar junto al príncipe Eixodá, en Luanda, la capital de Angola.

En mi mano llevo precisamente la edición de Cangerê que os he mostrado.

Por tanto, cuando hablamos de intelectualidad negra, de intelectualidad africana, del arte y de la cultura africanos, también hablamos de todo ello en Brasil.

Tengo además el orgullo y la alegría de haber conocido siete países africanos y de identificarme plenamente con lo que allí se ha hecho: con su intelectualidad, con el deseo de reconocimiento de los países africanos, de sus personas, de sus artistas y de sus pensadores.

Estas ciudades africanas han dejado su huella en mí, del mismo modo que nosotros intentamos hacer lo mismo en Brasil.

Como propone este congreso, las artes y las culturas también deben estar en la calle.

En Praia, la capital de Cabo Verde, la Rampa de los Poetas, en el centro de la ciudad, nos habla de esta intelectualidad africana que educa desde las calles. También lo hace el mural que encontramos en las calles de la capital caboverdiana.

«Mi país es una música».

La música, la literatura y las artes visuales están en las galerías y en las escuelas, pero también están en las calles.

Mirad este muro.

Por eso tenía tantas ganas de estar en este congreso.

Mi tiempo aquí se acaba. He visto en este espacio algo que, creo, también habla de la importancia de estar en la calle.

Y eso es todo.

Disculpad que me haya alargado. Solo quería explicar cómo siento la sintonía entre lo que estamos haciendo, esta ciudad y este congreso.

Agnès Boixader

Muchas gracias.

Rosalía nos ha mostrado diferentes maneras de conquistar el espacio urbano desde la ciudadanía.

Sin afirmar que todo lo que nos ha explicado pueda trasladarse directamente a Granollers, podemos entender perfectamente cómo puede inspirarnos.

Y fijaos en cómo nos ha hablado desde la poesía, desde el arte, desde la necesidad de abrazar la diferencia y desde el reconocimiento de que todos, de alguna manera, tenemos antepasados comunes.

A continuación, quiero presentaros a Angélica Dass.

Angélica también es brasileña, aunque lleva muchos años trabajando en España.

Podéis buscar su proyecto Humanae. Supongo que también hablará de Lucy y de aquello que Rosalia ya ha mencionado.

Para presentarla, y al igual que he hecho con Rosalia, quiero leer un fragmento que escuché hace unos años en un vídeo de YouTube y que me fascinó.

Ella se pregunta de qué color es el lápiz de color carne.

¿Blanco? ¿Negro? ¿Morado? ¿Amarillo?

«Nací en una familia muy colorida. Mi padre era de un intenso color chocolate».

Lo dejo aquí porque supongo que continuará desarrollando esta idea, que me parece preciosa.

A partir de ahora, cuando pidamos a alguien que coja el lápiz de color carne y nos dé el negro, ya no podrá responder lo mismo.

Para ti.

Angélica Dass

Exactamente así iba a empezar de nuevo.

No sé si alguien ya lo ha escuchado, pero siempre describo a mi familia de la misma manera. Así que quizá algunos de vosotros volveréis a escuchar esta historia.

Pero es algo que me gusta. Es como una celebración, como una forma de entrar y explicar este proyecto.

Porque, efectivamente, nací en una familia muy colorida.

Mi padre es hijo de una mujer que le dio un intenso color de chocolate.

Mi padre fue adoptado por quienes yo conozco como mis abuelos.

La matriarca, mi abuela, tenía una piel de porcelana rosa y un cabello de algodón.

Mi abuelo era una mezcla entre yogur, vainilla y fresa, como mi tío y mi primo.

Mi madre, Canela, es hija de una descendiente de los pueblos originarios, una mezcla de avena y miel.

Mi madre tiene dos hermanas: una con un tono de cacao tostado y otra, adoptada, con un color de pastel.

Y mi abuelo, café con leche, con mucho café y mucho carácter.

Al crecer en esta familia, evidentemente el color nunca fue importante para mí. Pero fuera de casa las cosas fueron diferentes desde muy pequeña.

Como hemos escuchado hablar a Rosalia sobre Brasil, quienes fueron liberados en 1888 continuaron sirviendo durante el siglo XX y ahora, en el siglo XXI, podemos seguir hablando de esta historia.

Este proyecto nació en el seno de esta familia tan colorida, pero nunca entendí por qué clasificábamos a los seres humanos entre blancos, morados, negros y amarillos y asociábamos estas categorías al concepto de raza.

Siempre digo que empecé a hacer fotografías con más de treinta años, pero empecé a pensar en todo esto cuando tenía la edad de algunos de los estudiantes con los que trabajo hoy.

Nunca entendí aquel día en que la profesora me presentó un lápiz rosa y lo llamó «color carne».

Evidentemente, no era el mío.

Este trabajo también nace porque yo vivía aquí. Me casé con un español, de esos de color rosa: cinco minutos al sol y se vuelve morado como una gamba.

Creedme: la gente me preguntaba de qué color sería mi hijo.

Para mí no era importante, pero parecía serlo mucho para los demás.

Así que decidí mostrar cómo veo a mi familia, que es también la manera en que veo el mundo.

Hago una fotografía sobre un fondo blanco, tomo un cuadrado de once por once del color de la nariz, pinto el fondo y busco el color correspondiente en ese lenguaje de colores que llamamos Pantone.

Y, para dejarlo claro, si estoy hablando de azul, ¿de qué azul estoy hablando?

¿Del azul del cielo, del mar o de una mariposa?

En este lenguaje de colores existen muchísimos números para el negro y diferentes números para el blanco.

Ya os hago un spoiler: está claro que no encontré ningún ser humano que encajara exactamente en ninguno de esos dos colores.

La reflexión del trabajo consiste precisamente en preguntarnos por qué nos reducimos de esta manera.

Como podéis ver, todos los colores del proyecto caben en mi belén.

Este es mi padre. Ya sé cómo seré de mayor. Y ella es mi abuela.

Así se entiende por qué hago lo que hago y cómo veo lo que existe dentro de mi propia familia.

El proyecto comienza en este espacio: la galería, el museo. En la imagen veo a las personas observando, algo que ocurre habitualmente en las exposiciones.

Pero en Largo da Vinci, en Milán, el proyecto está dentro del Departamento de Genética, porque, de alguna manera, eso es precisamente de lo que estamos hablando.

Me encantan los museos de ciencia porque allí queda claro que ya no estoy explicando únicamente la historia de mi familia.

Aquí quiero leer algo que acompaña esta fotografía:

«Ojos, piel, piel. Los seres humanos somos maravillosamente coloridos, pero el color de la piel se ha utilizado para separar a las personas en razas, y las ideas sobre la raza se han utilizado durante mucho tiempo para justificar el genocidio, la segregación y la discriminación.

Pero, como decía Rosalia, somos genéticamente idénticos en un 99,9 %.

Todos los que estamos en esta sala compartimos los mismos antepasados antiguos y, evidentemente, pertenecemos a la misma especie».

Por eso me encanta la versión actual de este museo, el Museo de Historia Natural de Nueva York. En el centro está Lucy, esta australopiteca que nos conecta a todos, y al fondo se puede ver esta pared llena de colores.

Pero tengo que decir que aquí estamos en una ciudad educadora y que mi lugar preferido es precisamente la calle.

Como podéis ver, ocupando el espacio público en diferentes lugares del mundo.

Porque esto ocurre, ¿verdad? Hay jóvenes que están buscándose a sí mismos y hablando de su propia identidad. Y también está ese señor que muchas veces no cree que pertenezca al Cubo Blanco, al museo, pero que también forma parte de la conversación.

Algunos datos sobre este trabajo: tengo casi cinco mil retratos realizados en veinte países y treinta y nueve ciudades de todo el planeta.

Desde Addis Abeba, en Etiopía, hasta Daegu, en Corea del Sur. En América, desde Estados Unidos, México y Canadá hasta Brasil, Argentina, Chile y Ecuador. Y también en muchos lugares de Europa.

Pero quizá la información más importante que encontraréis en estas fotografías sea precisamente la falta de información.

No sabéis quién es pobre o rico, quién es inmigrante o no, ni dónde hice cada fotografía.

Cualquier información que añadáis a estas imágenes —y siento decirlo— pertenece únicamente a vuestros estereotipos.

¿Qué hacemos cuando actuamos de esta manera?

Tengo retratos realizados en París, en la sede de la UNESCO, y con personas que se encontraban en situación de sinhogarismo.

He trabajado con escuelas de Río de Janeiro, en favelas, y también en Suiza.

Con personas con todo tipo de capacidades diferentes. Y aquí, en España, he trabajado mucho con la ONCE.

Todas son personas que, voluntariamente, han construido este mosaico.

Y esto sucede a menudo, ¿verdad?

Veis que, de dos en dos, tienen exactamente el mismo color, pero probablemente algunos de nosotros los etiquetaríamos como pertenecientes a razas diferentes.

Está claro que el concepto es una construcción social.

Y si es una construcción social, podemos deconstruirlo.

Por eso salgo de la pared del museo.

Esto es exactamente una parte de lo que hemos hecho aquí.

Utilizamos los colores primarios, el blanco y el negro para que los estudiantes puedan crear su propio color.

Y, por cierto, no es necesario comprar kits de colores de la diversidad. Eso no es más que un intento de comercializar una temática.

Utilizamos los colores primarios, el blanco y el negro, que para los niños parecen mágicos cuando, a partir de colores que no parecen humanos, aparece el color de la piel.

Mezclamos el morado y el verde —el verde es amarillo y azul— y obtenemos un marrón.

Y a partir de ese marrón somos capaces de crear absolutamente todos los tonos.

Para mí, este marrón es importante porque celebra a aquella primera familia de Homo sapiens que emigró del continente africano.

No sé si buscaban aventuras o una vida mejor.

Lo que sé es que todos estamos aquí gracias a aquella familia.

Es muy importante que los estudiantes entiendan que partimos del mismo material y que el resultado final será único y diferente en cada uno de ellos.

Aquí podéis ver el proceso.

Además, me encanta que pasemos por los mismos colores antes de llegar al nuestro.

Sus obras de arte son mucho más interesantes que cualquier cosa que yo pueda hacer.

Y quiero insistir en que, cuando hablo de diversidad, no hablo de la cantidad de melanina que tenemos en la piel.

Por ejemplo, en este grupo de estudiantes trabajé con estudiantes sordos y había también un estudiante con autismo, porque trabajo con diferentes capacidades.

Quiero destacar especialmente este proyecto realizado en una escuela de la República Checa, donde formamos a cuarenta y ocho estudiantes para que fueran multiplicadores.

El reto consistía en trabajar con muchos estudiantes blancos y rosados, donde, en teoría, no habría demasiada diversidad entre los colores que pintaríamos.

Pero fijaos: quizá la información más importante era que lo único realmente blanco era el papel sobre el que pintábamos.

Es una construcción social.

El problema no está en las palabras «blanco» o «negro», sino en los adjetivos que asociamos a aquello que es blanco y a aquello que es negro.

Estos cuarenta y ocho estudiantes realizaron el trabajo con dos mil quinientos estudiantes de la región de Moravia.

La idea era hablar de las generaciones futuras, de cómo harán las cosas y, al igual que nuestros congresistas, estos estudiantes fueron los líderes a la hora de desarrollar el proyecto.

Como podéis ver, el objetivo es que salgan a la calle y enseñen.

En este caso fue durante la Semana de la Educación Artística en Chile. Participaron setenta y cinco mil estudiantes de todo el país, de todas las edades, realizando autorretratos inspirados en Humanas y saliendo a la calle para reivindicarlos.

Y finalmente llegamos a Granollers. Ya estoy casi terminando.

Estuve aquí en octubre del año pasado, formando a noventa multiplicadores.

Fueron ellos quienes hicieron realidad estos autorretratos, que llegaron desde diferentes lugares y barrios de la ciudad.

Tuve el honor de acompañar este proceso, como podéis ver también a través de Instagram, porque lo más bonito era que compartían conmigo todo lo que estaba sucediendo durante el proceso.

Aquí tenéis algunas imágenes de cómo ocuparon el espacio público con estos autorretratos, de manera colectiva, e incluso de cómo buscaron formas creativas de acercar el proyecto a quienes todavía no conocen el concepto de raza, como las telas que encontramos en una escuela infantil.

Es una manera de mostrar que vivimos en un mundo lleno de colores, aunque todavía no se conozca este concepto.

O las fotografías de los niños buscando plantas de cerámica, que es precisamente lo que hacemos cuando todavía son demasiado pequeños para hacerse un autorretrato.

Por eso tengo que decir que estoy muy feliz de haber encontrado esta obra y muy orgullosa de ella.

Y esto es una parte de lo que está en la calle.

Nunca seré capaz de retratar a los ocho mil millones de habitantes del planeta. Pero, sin educación, nunca conseguiré llegar a ellos.

Y disculpad que esté un poco emocionada, porque esto, por ejemplo, es un regalo que me ha traído esta mañana una niña: mi mini-yo.

Buscó quién era yo, buscó cuál era mi color Pantone y creó una versión de mí misma.

Tengo que decir que lo que he recibido y lo que me llevo a casa, llena de amor, es precisamente eso: el amor que me ha dado Granollers.

No puedo inventar una máquina del tiempo para volver con mis compañeros de clase, pero, con la ayuda de los profesores, sí podemos transformar la experiencia para que ningún otro niño tenga que vivir las experiencias negativas que yo viví en la escuela y que me llevaron a realizar un trabajo como este.

Muchas gracias y disculpad estos minutos de más.

Agnès Boixader

Fijaos en cómo lo que estamos haciendo es, de alguna manera, saltar la dimensión del tiempo.

Antes hablábamos de que, para poder pensar, y no solo para desarrollar pensamiento crítico, necesitamos tiempo.

Creo que cada una de las dos experiencias que nos han presentado nos permite pensar a todos los que estamos aquí, buscar formas de imitarlas, de inspirarnos en ellas o incluso de hacer algo radicalmente diferente, pero tomando como punto de partida lo que nos han explicado.

Todo ello con un objetivo: transformar la ciudad.

De alguna manera, tanto el proyecto de Angélica como los proyectos de Rosalia son proyectos que establecen puentes.

John Powell nos hablaba de la necesidad de establecer puentes: puentes sencillos y complejos, pequeños y grandes, frágiles y fuertes.

Y lo que nos han explicado son, precisamente, maneras de construir esos puentes.

Ahora quiero haceros algunas preguntas, aunque tenemos un tiempo limitado, porque podría estar conversando con ellas durante horas.

Rosalia, en tus investigaciones hablas de patologías, de las patologías que padece la sociedad brasileña, que entiendo que no son exclusivas de Brasil, sino que, desgraciadamente, afectan a las sociedades de todo el mundo.

Hablas de racismo, lesbofobia, transfobia, clasismo y también de que nuestra sociedad no es consciente —y ahí está el gran peligro— de estas patologías.

Cuando no somos conscientes de una enfermedad, actuamos como quien no necesita ir al médico porque no reconoce que está enfermo. Y, aunque la enfermedad exista, al no recibir atención, puede acabar agravándose.

A la sociedad le sucede exactamente lo mismo.

Desconoce, porque quiere desconocer, las patologías que padece.

Os lo pregunto a las dos: ¿cómo podemos, desde la ciudad, mostrar estas patologías que padecemos sin agravarlas, sino contribuyendo a reducirlas? ¿Cómo podemos mostrar nuestros miedos, que a menudo nos impiden abrazar la diferencia?

Cuando quieras.

Angélica Dass

Quizá la respuesta esté en la ciudad, porque la escuela pertenece a la ciudad, y también en la comunidad, creando espacios de conversación desde el ámbito educativo.

En muchos casos el trabajo se centra en las niñas, pero, sobre todo, creo que debe centrarse en los profesores.

Quizá lo que intento hacer con mi obra, en general, es crear espejos con cosas que, en teoría, son muy diferentes.

Como ya hemos escuchado en otros momentos, intento encontrar esos nudos, esos puntos en común.

Creo que la manera de crear ese momento de conversación y de poder reconocer la enfermedad consiste, literalmente, en colocar ese espejo delante de nosotros.

En mi caso, lo hago desde mi práctica, a través de la enseñanza: mostrando narrativas, intentando ampliar aquello que creemos que es el mundo, su universo y su historia, que muchas veces pensamos que solo nos pertenecen a nosotros, y buscando maneras de abrir esa mirada.

Agnès Boixader

El problema, me parece, y te devuelvo la pregunta, es que la escuela no deja de ser —y es cierto— una representación de la sociedad. Pero muchas veces lo que ocurre en la escuela no llega a la calle.

En este caso, lo que hiciste con los escolares de Hanói sí llegó a verse en la calle. Pero mi pregunta es hasta qué punto la ciudadanía percibe el trabajo que se realiza en la escuela.

Angélica Dass

Insistiré en esta herramienta, porque una de las cosas que siempre hago con estos proyectos es preguntar a las escuelas si existe un antes y un después en aquello que sucede dentro de ellas.

Porque esa es la cuestión: ¿sirve o no sirve lo que hago?

Una de las respuestas que recibo es: «En mi clase ya nadie habla del color carne y, si alguien lo hace, son los propios alumnos quienes lo corrigen».

Una madre vino a preguntar qué había ocurrido en clase porque su hijo había llegado a casa corrigiéndola cuando ella dijo que una prenda era de color carne.

Cuando proporcionas argumentos para que un niño pueda pensar —estamos hablando de pensamiento crítico— y para que vuelva a casa y continúe esa reflexión, creo que estamos creando precisamente la conexión entre lo que ocurre en la calle, fuera del centro educativo, y lo que ocurre dentro del centro educativo.

Rosália Diogo

Hace mucho tiempo que digo que Brasil, nuestra sociedad brasileña, tiene diversas enfermedades.

Podría citar algunas: es un país homófobo, transfóbico, racista, machista y patriarcal.

Brasil es el país donde más personas trans son asesinadas en el mundo.

La población negra constituye la mayor parte de la sociedad brasileña y Brasil tiene la segunda población negra más numerosa del mundo, después de Nigeria, en el continente africano.

Es absurdo comprobar hasta qué punto somos discriminados y hasta qué punto la estructura social brasileña privilegia, asume y promueve una cultura de raíz europea y norteamericana, negando la posibilidad de una afrocentricidad; es decir, de situar nuestra cultura y nuestro arte como elementos propositivos.

Por eso creo que movimientos como este, en los que hablamos, conversamos sobre el tema y presentamos modelos y prácticas racistas, también se convierten en formas de denuncia.

Estar presentes en las escuelas es fundamental.

También lo es escribir, porque yo escribo y también soy intelectual.

Hace un rato nuestra querida Márcia Tiburi lo comentaba aquí.

En Brasil tenemos, por ejemplo, a Eliane Brum, pero seguimos teniendo una estructura en la que muchas personas no reconocen la intelectualidad de las mujeres negras.

Yo también soy intelectual. Quiero decirlo claramente a las personas que están aquí.

La escritora Conceição Evaristo, que representa a Brasil en muchos lugares del mundo, recibe preguntas como: «¿Tú bailas?»

Y ella responde: «¿Puedo bailar? Pero yo también soy intelectual».

Creo que estos son momentos para deconstruir también nuestra mirada sobre lo que hacemos, sobre nuestras potencialidades y sobre nuestras capacidades.

Son momentos como este, congresos como este, nuestros espacios de escucha y nuestras visitas a las escuelas, los que pueden contribuir a desmontar el mito de la democracia.

Porque se dice: «Todos somos iguales, nadie discrimina al otro».

Y eso no es verdad.

Lo que vemos en la población negra de España, Francia o Inglaterra, en las periferias, en servicios subalternizados, en personas que vienen del continente africano y que son agredidas aquí, a quienes se intenta incluso negar la ciudadanía...

No podemos considerar que esto sea algo normal. Tenemos que denunciarlo.

Agnès Boixader

De alguna manera, estás diciendo que a los hombres y mujeres blancos europeos también nos falta valentía para denunciar sistemáticamente estas situaciones.

Nos falta valentía, impulso y esa necesidad de escribir, dibujar, manifestarnos y, en algunas ocasiones, desobedecer para transformar esta sociedad, que es básicamente capitalista y patriarcal y que a menudo es homófoba con algunas minorías.

¿Tenemos que ser más valientes quienes somos europeos y blancos, aunque yo, como mujer blanca, reconozca que no siempre lo soy?

¿Tenemos que ser más valientes a la hora de denunciar, especialmente quienes estamos acostumbrados a vivir cómodamente sin mirar lo que ocurre en las periferias de nuestras ciudades?

Angélica Dass

Creo que, en el mundo en que vivimos, todos, absolutamente todos, podemos y debemos utilizar nuestra posición de privilegio —asociada al género, a las minorías a las que pertenecemos y al poder económico que tenemos— para denunciar e intentar construir esa sociedad igualitaria, justa y democrática que queremos.

Absolutamente todos.

Rosália Diogo

Sí, estoy de acuerdo. Estoy de acuerdo con tu reflexión.

Entiendo que es una provocación a nuestro pensamiento.

Al fin y al cabo, estamos hablando de una disputa por los privilegios, por el ascenso social y también, o sobre todo, por el poder económico.

Cuando hablamos de la sociedad brasileña o de otras sociedades llamadas periféricas —que para mí son el centro, porque el continente africano es, en realidad, el centro—, estamos hablando de una disputa que normalmente está protagonizada por hombres blancos que socialmente se presentan como heterosexuales.

El no reconocimiento de la cultura de raíz africana, de nuestra cultura y de nuestro arte, representa simbólicamente decir que nosotros somos el poder, porque la cultura europea o estadounidense es la que marca las reglas del mundo.

«Somos nosotros quienes tenemos el saber».

«Somos nosotros quienes os ofrecemos una parte de nuestro conocimiento».

Y eso no es verdad.

Ese conocimiento viene de África, de Egipto, de tantos países africanos, de Etiopía.

Existe una negación de nuestro potencial, y esa negación se aprende.

Pocas personas hablan de Sheikhan Tadjopi, pero hablan de Aristóteles.

Entonces, ¿cómo se produjo esa selección? ¿Qué libros escogimos para estudiar? ¿Qué conocimientos nos interesó estudiar?

Esta disputa está presente en todos los ámbitos del conocimiento y en todos los segmentos de la sociedad.

No es fácil ser una mujer negra.

Cuando las mujeres blancas salían a la calle para luchar por la construcción del 8 de marzo y por unas condiciones de igualdad, nosotras, las mujeres negras, estábamos al fondo de la cocina, cocinando y lavando la ropa para aquellas mujeres.

Por eso es difícil que hoy no reivindicemos nuestra condición de intelectuales, porque esta sociedad todavía no reconoce nuestra intelectualidad.

La disputa es constante.

Agnès Boixader

No es fácil ser una mujer negra. No es fácil ser pobre. No es fácil ser gay. No es fácil vivir ninguna de esas realidades que algunas personas consideran anomalías.

Pero mi pregunta sigue siendo la misma y continúa preocupándome.

Miro al público y no sé qué Pantone resultaría, pero, si pienso en la ciudad de Granollers, veo que las periferias, incluso aquí, están poco representadas.

Por tanto, la pregunta sigue siendo la misma: ¿cómo llegamos a la ciudadanía desde la ciudad?

¿Cómo llegamos a quienes viven en la periferia y raramente pueden participar, a veces porque ni siquiera saben que pueden hacerlo?

No me refiero únicamente a acontecimientos como este, sino a las muchas otras actividades que pueden desarrollarse en la ciudad.

Y, si os parece bien, con esto creo que iremos terminando.

Angélica Dass

Quiero añadir algo.

En muchos proyectos artísticos tengo que pensar en qué horario puedo realizar las actividades para que una persona que trabaja de ocho de la mañana a ocho de la tarde, que tiene hijos en casa y que apenas consigue ayudarles con los deberes, pueda participar.

Sigo siendo optimista porque, aunque quizá no haya visto la diversidad en primera línea, sí la he visto en los estudiantes.

Creo que este es el punto fundamental. Por eso mi esperanza sigue depositada en la educación, en estos diálogos que podemos mantener y en estos espacios.

La escuela, ¿verdad? Siguiendo tu planteamiento, tendremos que cerrar la escuela.

¿Por qué?

Para que la educación salga a la calle y los niños puedan jugar en ella.

Tengo la convicción de que, en el futuro... Al menos yo lo entiendo así: esto no es una carrera de cien metros, sino una maratón.

Me gusta correr.

Por eso sigo corriendo para llegar a una meta que está lejos y ya veremos cuándo llego.

Probablemente no seré capaz de ver los beneficios ni de recoger los frutos de las semillas que estoy plantando, aunque me emocione y disfrute de este proceso.

Pero no pasa nada.

Seguiré plantando semillas.

Algún árbol crecerá.

Rosália Diogo

Para terminar, veo a Albert allí y creo que quiere decirnos algo sobre la continuidad del proceso.

Quiero agradecer de nuevo la invitación.

Enhorabuena a la Comisión Científica por la elección de la temática y del lugar.

Veo esta ciudad de Granollers como una ciudad que también educa fuertemente a través de sus calles.

Agradezco especialmente la presencia de estos jóvenes congresistas.

Y qué bien que los niños aprendan desde pequeños que tenemos que pensar y practicar la inclusión.

Somos personas que formamos parte de un proceso de no inclusión.

Estamos aquí para impulsar el movimiento contrario y construir una sociedad verdaderamente equitativa.

No existe democracia con tantas desigualdades.

Estamos haciendo un ejercicio democrático, pero todavía nos queda mucho por madurar para alcanzar ese nivel de madurez.

Muchas gracias por la invitación y muchas gracias a todos vosotros por estar aquí y escucharnos.

Espero que podamos crear otros espacios, muchos, muchos, en muchos otros lugares, para continuar nuestro proceso educativo.

Muchas gracias.

Agnès Boixader

Dejamos aquí, una vez más, un enorme agradecimiento a Angélica y a Rosalia por compartir con nosotros sus proyectos.

Esperamos que, desde aquí, desde la fuerza que pueda surgir de este Congreso Internacional y, como dijo Pablo Sendra el otro día, podamos ir construyendo poco a poco barrios que sean nuestros, que conecten mucho mejor el centro y la periferia y que permitan que esas periferias se conviertan también en espacios centrales.

Y que podamos, como dice el título de la conversación que han mantenido ambas, **abrazar la diferencia**.

Muchas gracias.